

Reconociendo la humanidad del “otro” en *Cuzcatlán, donde bate la mar del sur*

Cuzcatlán, donde bate la mar del sur (1986) de Manlio Argueta, nos brinda una representación del mundo rural salvadoreño, cuyo trasfondo es el conflicto militar que vivió El Salvador durante la década de los ochenta, y que concluiría al firmarse los Acuerdos de Paz el 16 de enero de 1992. Este trabajo analiza el viaje que la protagonista del relato, Lucía Martínez, debe realizar para integrarse a un Comité Revolucionario que juzgará al cabo Pedro Martínez, miembro del ejército salvadoreño capturado por las fuerzas guerrilleras del FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) y a quien se acusa de la muerte de varios campesinos.

Palabras clave: *nación, testimonio, otredad, humanidad, matanza*

Manlio Argueta's Cuzcatlán, donde bate la mar del sur (1986), provides a representation of El Salvador's rural area within the context of the military conflict of the 80s, which ended with the signing of the Peace Accords in 1992. This article analyzes the journey Lucía Martínez, the main character of the story, undertakes to join a Revolutionary Committee to pass judgement on a member of the Salvadoran Army, corporal Pedro Martínez, captured by guerrilla forces of the Farabundo Martí National Liberation Front (FMLN) and accused of killing several peasants.

Keywords: *nation, testimonial, otherness, humanity, massacre*

Históricamente, el habitante del campo salvadoreño ha sido sistemáticamente excluido de la participación política y económica del país. Ello se debe a que el Estado salvadoreño fue organizado con el exclusivo fin de beneficiar a un pequeño grupo de terratenientes que habían hecho del cultivo de café la mayor actividad económica de la nación. Indudablemente, este sector oligarca era el que más se beneficiaba de la explotación de ese producto agrícola, mientras que el sector campesino carecía de las necesidades más básicas, como, por ejemplo, acceso a la educación, a la salud y al agua potable, entre otras. Desde finales del siglo XIX hasta la

década de los ochenta del siglo XX, cada vez que los campesinos y campesinas pedían cambios sociales y económicos con el propósito de mejorar sus condiciones de vida, los gobiernos civiles y militares de turno o los ignoraban o respondían con violencia y represión. Solamente por medio de la incorporación política durante la guerra civil, ese sector rural pudo dar a conocer a toda la sociedad salvadoreña el grado de miseria y marginación en que la clase oligarca lo tenía sumido. La cuarta novela del escritor salvadoreño Manlio Argueta, titulada *Cuzcatlán, donde bate la mar del sur* (1986), nos brinda una representación de ese mundo rural salvadoreño, cuyo trasfondo es el conflicto militar que vivió El Salvador durante la década de los ochenta, y que concluiría al firmarse los Acuerdos de Paz el 16 de enero de 1992.

El objetivo principal de este trabajo es analizar el viaje en el que se embarca la protagonista de dicha novela, Lucía Martínez, pues las experiencias vividas en dicho periplo le servirán para apropiarse de la historia salvadoreña y, así, poder cuestionarla. Esta apropiación le permitirá, también, alcanzar un grado de concientización necesaria para determinar que la guerra civil salvadoreña tiene sus orígenes en el proyecto fundacional del Estado salvadoreño diseñado por la oligarquía en las últimas dos décadas del siglo XIX. Gracias a ese conocimiento, Lucía será capaz de reconocer la humanidad del enemigo y de esa manera poder mantener su propia humanidad dentro de un ámbito de guerra. Para tal propósito, trataremos someramente algunos aspectos formales de la novela, especialmente la utilización que se hace del discurso testimonial. De esa manera, se establecerá que el texto de Argueta no es un testimonio sino ficción. Posteriormente se discutirá el establecimiento del proyecto ideológico implantado desde la conquista española con el fin de justificar tanto el despojo de las tierras pertenecientes a las comunidades precolombinas, como la invalidación de la cultura indígena. Con esto se pondrá de manifiesto que ese proyecto ideológico no concluyó al independizarse Centroamérica de España en 1821, sino que continuó y fue retomado por la oligarquía salvadoreña para establecer el Estado que hoy se conoce como El Salvador. Por último, se tratarán algunos aspectos teóricos relacionados a la alteridad, principalmente los abordados por Francisco Theodosiadis, para ayudarnos a comprender por qué Lucía Martínez decide perdonar a su tío, el cabo Pedro Martínez, en lugar de condenarlo a morir.

Dentro del contexto literario salvadoreño encontramos dos novelas escritas por Manlio Argueta que se caracterizan por tratar la temática del campo: *Un día en la vida* (1980) y *Cuzcatlán, donde bate la mar del sur* (1986). Ambas son, también, obras de ficción,² aunque el autor recurre a la

utilización de elementos discursivos del género testimonial, donde predomina una narración en primera persona enunciada por un “yo”, que es a la vez protagonista o testigo presencial de su propio relato.³ La inclusión de elementos testimoniales, según Yajaira Padilla,⁴ resulta de suma importancia dado que observa que “they contribute significantly to the allegorical depiction of *campesinas* and the rural sector each novel elaborates” (19).

En lo que respecta a *Cuzcatlán donde bate la mar del sur*, Argueta proyecta la representación del área rural salvadoreña dentro del contexto de la guerra civil que se inició en 1980. Lucía Martínez comienza su relato a manera de testimonio, proporcionando su nombre, su pseudónimo (Ticha), su condición social y su afiliación política, haciendo referencia a su participación activa en el movimiento revolucionario. Nos habla de su vida y la de su familia y revela que su compañero de vida ha sido asesinado por el ejército salvadoreño a causa de sus actividades políticas. También, nos informa acerca de la situación de miseria en que el sector del campo vive en El Salvador y sobre la manera represiva en que la Fuerza Armada, con la ayuda del gobierno estadounidense, reprime a los campesinos para que no apoyen a los revolucionarios. Al mismo tiempo, Lucía manifiesta que se ve obligada a hacer un viaje a causa de la muerte de su abuela con el fin de “atestiguar para que se castigue al culpable” (Argueta, *Cuzcatlán* 10). Posteriormente, el lector se entera de que la guerrilla ha capturado al cabo Martínez, a quien se acusa de haber participado en el asesinato de varios campesinos.

Como manifiesta Astvaldur Astvaldsson, el viaje de Lucía es de auto-descubrimiento, y a lo largo del mismo surgirán su historia, la de su familia y su comunidad (603). De hecho, de los quince capítulos que forman la novela, nueve van titulados con los nombres de los miembros de la familia de Lucía: Beatriz - Eusebio 1936 (Cap. II); Emiliano, 1950 (Cap. III), Beatriz - Eusebio, 1948 (Cap. V); Pedro y Manuel, 1945 (Cap. VI); Jacinto, 1953 (Cap. VII); Juana, Toña, Lucía, 1960 (Cap. IX); Jacinto, 1979 (Cap. X); Emiliano - Juana, octubre de 1980 (Cap. XII); Jacinto, octubre de 1980 (XIV); mientras que los seis restantes llevan el mismo título: Microbús a San Salvador, enero 9, 1981 (Caps. I, IV, VIII, XI, XIII y XV). En los capítulos que tratan de las historias de la familia Martínez, las cuales se caracterizan por la incorporación de diálogos que se dan entre los personajes y por la inclusión de un narrador omnisciente, se observa la utilización de parlamentos a manera de entrevista o de reportaje. Además, tanto en los capítulos que tratan sobre el viaje de Lucía, como en los que se encuentran los relatos de los familiares de ésta, el lector experimenta una especie de saltos que van de la narración de eventos que ocurren en ese momento a la recreación de

eventos pasados experimentados por la protagonista y su familia. Por lo tanto, el viaje se utiliza a manera de mecanismo para que la protagonista sustraiga de su memoria tanto los eventos históricos nacionales que han impactado su vida y la de su comunidad, como las tradiciones heredadas de sus ancestros. De igual manera, Linda Craft afirma que Argueta utiliza el concepto del viaje en la narración para representar una constante peregrinación que se inició con la conquista, ya que, con la llegada de los españoles, los cuzcatlecos debieron buscar refugio en las montañas (125). A lo expuesto por Craft, podríamos agregar que, como es ya sabido, el tema del viaje es algo recurrente en la literatura latinoamericana y que este tiene sus orígenes en la tradición literaria occidental. Craig Brandist postula que, de acuerdo a lo expuesto por Mikhail Bakhtin, la más clara expresión textual del enlace entre el tiempo y el espacio es la narrativa del viaje (Brandist 180). De igual forma, lo que el crítico ruso denomina como “cronotopo”, es la representación estética del ser humano en su relación con su mundo temporal y espacial (180). Sin embargo, en última instancia, esa representación puede considerarse una percepción de carácter ideológico, pues ello implica, “a way of comprehending human life as materially and simultaneously present within a physical-geographical space and a specific point of historical time” (180). En ese sentido, en *Cuzcatlán*, el viaje de Lucía implica una revisión histórica a través de la recreación del pasado, tanto de la familia del personaje principal como la de su país.

La historia de El Salvador, sostiene Argueta, es la materia prima que utiliza para su relato. Así lo afirma en una entrevista realizada por Rafael Varela cuando comenta que la Carta-Relación del conquistador Pedro de Alvarado del 27 de julio de 1524 le había servido de idea para escribir *Cuzcatlán* (Varela 4). No es mera casualidad, por consiguiente, que la novela abra con dos epígrafes de carácter histórico. El primero es un extracto de la Carta-Relación del conquistador:

[P]artía a otro pueblo que se dice Acaxual, donde bate la mar del Sur en él ... ví los campos llenos de gente de guerra ... con sus armas ofensivas y defensivas, en mitad de un llano ... y llegando a esta ciudad de Cuxcaclan, hallé todo el pueblo alzado; y mientras nos aposentábamos, no quedó hombre de ellos en el pueblo, que todos se fueron a la sierra ... (Carta-Relación de Pedro de Alvarado a Hernán Cortés, 27 de julio de 1524; se refiere a la conquista de Cuzcatlán, ahora El Salvador). (Argueta, *Cuzcatlán* 7)

El segundo epígrafe contiene la respuesta que un comandante guerrillero del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) le da a un periodista: “¿Encontrás bella esta montaña? Yo la odio, para mí significa la

guerra. Nada más que el teatro para esta guerra de mierda. (Responde el Cde. Jonatán a un periodista extranjero que le hace solicitud para tomar fotos de la montaña, Frente Oriental, El Salvador, 1983)" (Argueta, *Cuzcatlán* 7).

Lo que Argueta trata de ilustrar por medio de estos dos epígrafes es el establecimiento de dos paradigmas ideológicos que se yuxtaponen aun cuando se tratan de épocas diferentes y que son, al mismo tiempo, marcadores de lectura. Por un lado, se tiene que el discurso del conquistador Pedro de Alvarado va encaminado a justificar el acto de subyugación de la población indígena de Cuzcatlán. Es decir, el conquistador legitima la conquista al hacernos creer que ese evento histórico significa una circunstancia impuesta, donde no le quedaba otro camino que el de enfrentarse a esa gente belicosa porque el destino así lo apuntaba. Por otro lado, el comandante Jonatán probablemente ve la guerra como último recurso para la resolución de un conflicto cuyos orígenes se remontan a siglos atrás, pero que no por ello lo acepta, más bien lo rechaza, denotando que verdaderamente esa guerra resulta una imposición histórica. Se entiende, por lo tanto, que Argueta toma como base el relato de Pedro de Alvarado para conectarlo con el conflicto militar de los 80, dos épocas distantes entre sí, pero que se encuentran íntimamente ligadas, o al menos esa es la función que desempeñan en la novela. El referente histórico de la conquista, por tanto, sirve de materia prima para crear un texto donde se conjugan historia y ficción con el fin de establecer un puente temporal por medio del cual ese pasado distante de la conquista se cuestiona y se deconstruye, formulándose así un proceso dialéctico donde el presente actual cobra vigencia (Zamora 3).

La deconstrucción del discurso del conquistador Pedro de Alvarado tiene dos propósitos fundamentales. El primero es establecer el proyecto ideológico de la conquista de las culturas precolombinas; mientras que el segundo es demostrar que dicho proyecto ideológico seguía en vigencia aún después de la independencia de Centro América, dado que también sirvió como base para la fundación del Estado salvadoreño. La conquista, como se entiende en la obra, representa el sistemático despojo de la tierra del indígena y el comienzo de la negación cultural y religiosa de las culturas precolombinas por parte del conquistador. Al mismo tiempo, el europeo empieza a establecer su propia manera de ver y entender al indígena, donde el primero, desde su posición de "civilizado", mantendría siempre una posición de poder en relación al segundo dado que el conquistado se consideraba "salvaje" por no contar con el conocimiento de la fe cristiana (Teglia 40). El académico Guido Rings indica que, durante el desarrollo de la conquista española, se presentaba el territorio conquistado como un

espacio vacío y desconocido, lo cual le permitía “legalmente” al conquistador apropiarse de la tierra y le otorgaba al mismo tiempo el derecho de imponer su lengua y su cultura en el territorio “descubierto” por él (41). El sentimiento de despojo de los indígenas con respecto a la tierra que antes les pertenecía se encuentra reflejado en lo expresado por Lucía, ya que su discurso apunta a establecer su identidad y la de aquéllos que habían sido sus ancestros:

Ser campesina en Cuzcatlán significa que mis padres, mis abuelos y mis bisabuelos fueron campesinos. Sus tatarabuelos fueron Señores de estas tierras, las cultivaron y repartieron el producto por igual entre todos. Después, los Señores se convirtieron en esclavos y se fueron difuminando sus características de quienes habían sido formados para la poesía y el combate. (Argueta, *Cuzcatlán* 141)

La esclavitud representa entonces el proceso de degradación y deshumanización al que es sometido el conquistado hasta el punto de considerársele meramente un bien comercial. Beatriz Pastor sostiene que la concepción del indígena empieza a distorsionarse con el discurso colombino debido a que se establece artificialmente el concepto entre identidad y función (350). Es decir, la identidad del indígena pasaba a determinarse no basándose en su condición de ser humano, sino con relación a la función que este podría desempeñar dentro de un sistema imperial económico. Pastor añade también que “el indígena pierde identidad cultural y naturaleza humana para reducirse a aquello que en el contexto ideológico y económico del proyecto de descubrimiento y explotación de América se define como utilizable: mercancía” (350). El conquistado dejaba así de ser miembro de una comunidad en la que se había desarrollado, donde había practicado las costumbres aprendidas de sus antepasados y había adorado a sus divinidades, para convertirse exclusivamente en un bien mercantil. Los efectos de la implantación del sistema económico impuesto durante la colonia, que requería una masa laboral domesticada, se observan a través de algunos comentarios hechos por personajes como Eusebio, abuelo de Lucía, al hacer referencias a los efectos perjudiciales causados por la producción del añil. Eusebio dice que la planta “[s]e come la carne de las piernas y cuando se golpea el agua levanta unos vapores que penetra los sesos y hace locas a la gente ... En mí, siento que se cagó el añil hijueputa” (Argueta, *Cuzcatlán* 98-99). El narrador en tercera persona confirma lo comentado por Eusebio al afirmar que “el beneficio de esta hierba, descubierta por los españoles a finales de los años 1500, dejaba mucha gente enferma. Miles de campesinos murieron hasta dejar diezmada la población” (98). El narrador agrega también que “el añil

enriquecía a los terratenientes y a los dueños de las fábricas de telas del mundo, al otro lado del mundo” (99). Esta estrategia narrativa se observa a lo largo del texto, donde la voz en tercera persona afirma o expresa una opinión más amplia sobre lo tratado en los discursos interiorizados de los personajes y por medio de la cual se va socavando el discurso oficial, para presentar la versión del marginado.

Si la conquista, como se mencionó anteriormente, representa el punto de partida histórico para ilustrar el proceso inacabado de despojo y de explotación del campesino salvadoreño, la declaración de independencia de 1821 constituye el intento fallido de la clase criolla salvadoreña para dar por terminada la aventura imperial española iniciada por Cristóbal Colón en 1492, por medio de la creación y la formación del Estado nacional. Benedict Anderson afirma que la nación es una comunidad política imaginada, ya que, “the members of even the smallest communities will never know most of their fellow-members, meet them, or even hear of them, yet in the minds of each lives the image of their communion” (6). Si a esto se le agrega que esta nación es una comunidad imaginada porque:

Regardless of the actual inequality and exploitation that may prevail in each, the nation is always conceived as a deep, horizontal comradeship ... it is this fraternity that makes it possible, over the past two centuries, for so many millions of people, not so much to kill, as willingly to die for such limited imaginings. (Anderson 7)

Si la formulación del acto constitutivo de una nación se encuentra arraigada en el concepto de imaginar una comunidad por individuos que comparten experiencias comunes y una identidad compartida por todos ellos, las cuales le dan cohesión a ese concepto tan abstracto, ¿quién o quiénes fueron entonces los que conceptualizaron la nación salvadoreña? Liisa North argumenta que El Salvador se forma como estado moderno al establecerse lo que se ha denominado como la Revolución Liberal, cuando en 1881 y 1882, por medio de la promulgación de decretos legislativos, se eliminan los últimos vestigios del sistema ejidal y de tierras comunales (17). Sin embargo, el proceso de consolidación del sistema liberal comenzó a gestarse cuando el cultivo del café empezó a promoverse con más ahínco en 1860, ya que para entonces este producto venía desplazando al añil como el principal rubro generador de divisas. De todas formas, lo que se buscaba era la privatización de la tierra para intensificar la producción del café. La creciente importancia económica de este rubro se vio reflejada en el alza de su exportación, ya que las ventas para 1870 sumaron un monto de casi dos millones de pesos, mientras que para 1914 aumentaron a 22,5 millones (Baloyra 6). Este fenómeno explica la razón por la cual se establecieron varios bancos

comerciales, como el Banco Internacional y el Banco Agrícola Comercial, pues servían a los grandes productores para financiar la expansión de la producción del grano de oro y para proteger la riqueza generada por ella (6). Por otra parte, se puede observar que las mejoras a la infraestructura del país, la construcción del ferrocarril y la introducción del telégrafo, por ejemplo, iban dirigidas a facilitar la exportación del café. Teniendo en cuenta lo mencionado anteriormente, se entiende por qué la oligarquía dejó para sí misma la conducción de instituciones gubernamentales claves, como los ministerios de economía, de agricultura y de relaciones exteriores (Gordon 69). Lo anteriormente expuesto ilustra que la motivación primordial que la clase oligarca tuvo para promover el establecimiento del Estado fue la acumulación de tierras con el fin de incrementar el cultivo del café. Así, la articulación del Estado por medio de la creación de instituciones estatales se llevó a cabo esencialmente para el beneficio político y económico de la oligarquía salvadoreña.

Argueta, por lo tanto, cuestiona el modelo nacional salvadoreño de finales del siglo diecinueve, el cual comienza a concretizarse con la introducción del café como el nuevo producto a explotar, pues ya para la década de los cincuenta resultaba claro que la concentración de tierra en manos del sector cafetalero había provocado una escasez de suelos fértiles para el cultivo de granos básicos de proporciones alarmantes. Además, dentro de este contexto de denuncia se incorpora un discurso con miras a socavar las bases ideológicas del estado al identificarlo como la continuación del modelo colonial de despojo y explotación, reforzando a la vez ese concepto del conflicto inacabado del que se hizo referencia anteriormente. Esto se manifiesta cuando el narrador nos dice que:

Trescientos años antes, los cuzcatlecos fueron desalojados de sus tierras y conminados a poblar los volcanes. Ya con el café, de nuevo hubo despojo, los terratenientes subieron a las zonas altas para sembrarlo; se dieron los decretos respectivos para obligar a los pobladores a que entregaran sus pequeñas propiedades a los nuevos empresarios del café. Se creó entonces la Guardia Nacional para que los decretos se hicieran efectivos en caso de que hubiera oposición. (Argueta, *Cuzcatlán* 132)

En la cita se observa con claridad el carácter deconstructivo del discurso pues este, de manera implícita, arguye que el proyecto de formación de la nación salvadoreña se debió, en gran parte, a la iniciativa de un sector social con miras a incentivar el cultivo del café. Para ello, la oligarquía no solamente diseñó los mecanismos legales por medio de los cuales el campesino perdió sus tierras comunales, sino también las formas de

coerción en caso de que la masa campesina no aceptara pacíficamente el nuevo estado de cosas. Además, es posible notar que se trata de establecer la naturaleza genocida de la nación decimonónica al recalcarse que la legitimación del estado no provenía del consenso de todos sus habitantes sino de la capacidad de la clase dominante para subyugar a la población. A todo esto, el narrador agrega:

Que los cuzcatlecos regresaran al norte, de donde habían salido trescientos años antes, que regresaran a las tierras muertas y empobrecidas por tres siglos de cultivo de añil. Y si no querían retornar había que hacerles la guerra, para que se respetaran las leyes y decretos de estimulación al cultivo del café. La guerra había sido declarada desde finales del siglo pasado ... para extirpar el cáncer de la desobediencia. (Argueta, *Cuzcatlán* 132-33)

A estas alturas habría además de mencionarse que, con la independencia de Centro América, la élite criolla no solamente vino a llenar el vacío de poder dejado por la corona española, sino que también comenzó a elaborar un discurso con vistas a crear un ideario nacional; ya que, como sostiene Beatriz González, los nuevos grupos sociales se dieron a la tarea de redimensionar la tradición para reajustar el otrora control hegemónico español (15). Para la nueva élite criolla, lo esencial era inculcarles a las nuevas naciones independientes un sentimiento de “lealtad” y de pertenencia a una comunidad que compartía una misma tradición. De igual manera, como lo plantea Hugo Achugar, el trabajo fundacional nacional se encuentra ligado, o al menos presupone una conexión, al apareamiento de una memoria nacional (17). El problema, en el caso de la formulación de la construcción de la nación salvadoreña, es que esa memoria es de carácter selectivo, pues la figura del indígena se inscribe dentro de ella de manera simbólica, sin un pasado que valga la pena de ser recordado y despojado de toda actualidad histórica. Dicho aspecto simbólico se nota en lo expuesto por García Giraldes al comentar que José Cecilio del Valle, hondureño criollo y firmante de la declaración de la independencia de Centroamérica, aunque reconocía la grandeza que un día tuvieron las culturas azteca e inca, no le atribuía mayor significado a la cultura maya (García Giraldes 31). Más que todo, apunta la académica, se puede observar una indiferencia hacia sus ascendientes, pues ni los denigraba ni los exaltaba (31). Los avances en campos como la astronomía, la arquitectura y las matemáticas logrados por la civilización maya no llegaron a incluirse en el imaginario cultural de las nuevas naciones de Centroamérica. Es decir, la concepción del estado se seguía formulando desde el excluyente punto de vista europeo. De hecho, como indica Achugar, “esta invención de la ciudadanía significó, la más de

las veces, la exclusión de algunos hombres y la casi totalidad de las mujeres que no se ajustaban al proyecto patriarcal elitista del sector en el poder” (Achugar 31). Expresado de otro modo, la única vigencia que este nuevo ciudadano seguía manteniendo era su condición de mercancía que le había conferido Cristóbal Colón, ya que en el discurso del fundador de la nación centroamericana se alude al potencial económico de esta masa indígena al reconocer su capacidad para soportar arduos trabajos y para generar riqueza. Así lo afirma el prócer Cecilio del Valle:

El indio, a quien se ha puesto indolente y perezoso, es activo, capaz de los trabajos más duros. Sus brazos son los que rompen montañas y pulverizan peñas para sacar el oro y la plata que explota el comercio: sus manos son las que han hecho esos millones que suponen tan grande trabajo. (García Giraldes 31)

Los orígenes de la formulación de los nuevos valores que los excluidos del poder debían adoptar se desprenden de este discurso de Cecilio del Valle, del cual se pueden identificar tres conceptos que seguirían reformulándose con el fin de crear una identidad común: amor al trabajo, ser incansable para el trabajo y trabajar más para ser identificado como buen hijo de la patria. En lo que se refiere a El Salvador, la clase criolla nacional se encargó de propagar estos principios que debían ser adoptados por la masa rural para que con ellos se empezara a moldear el futuro ciudadano. Cristina Herencia propone que el desarrollo de creación de identidad nacional en América Latina no representa un proceso fortuito sino más bien un proceso pausado y dirigido, cuyo mayor objetivo consistía en seguir canalizando la fuerza laboral indígena a la vez que se le inculcaba una nueva imagen nacional (169-70).

La novela, además de destacar las formas de explotación a las que se ve sometido el campesino, también pone de manifiesto un sentimiento por parte de este en mantener algunos de los valores tradicionales que todavía forman parte de su herencia ancestral. Esto se puede notar al plantearse en el texto la importancia de la convivencia comunal y la necesidad de establecer que ellos provienen de una raza fuerte, capaz de resistir cualquier tipo de adversidad. Argueta utiliza metafóricamente la piedra de basalto con el fin de conectar a la familia de Lucía con el pasado y también para darle esa cualidad de fuerza e indestructibilidad a esa cultura a la que ellos pertenecen. Esto lo expresa Lucía cuando manifiesta que el elemento de la naturaleza con que más se identifica es el metate, o piedra de basalto, porque es

una piedra preciosa para mí, formada por lava de los volcanes; de ella han vivido mis papás, mis abuelos, mis bisabuelos. Ellos hacían piedras de moler. Para moler maíz. Los campesinos molemos el maíz con la fuerza de nuestros brazos ... La piedra de moler no puede faltar en ninguna casa campesina. Yo le ayudaba a hacer piedras de moler a mis abuelos. Por eso el metate es mi piedra favorita. (Argueta, *Cuzcatlán* 9-10)

Al mismo tiempo, ese afán de sentirse identificados con una comunidad ancestral se pone de manifiesto en la relación que se da entre Emiliano y su yerno, Eusebio, quien un día aparece en el rancho de Emiliano y de inmediato se lo trata como a un miembro más de la familia, al grado que llega a unirse con la joven hija de Emiliano, Ticha. Nos dice el narrador que:

Emiliano y Eusebio conversan de cosas extrañas. El joven y el viejo se han hecho parte de una misma familia, se reconocen después de mucho tiempo de no mirarse, de no descubrirse. Son de una misma sangre que viene de lejos, de generación tras generación. Hermanos de sangre porque tienen de común la misma materia del cual fueron hechos, del maíz o del barro. (61)

Con lo anterior, se observa que Argueta, habiendo ya establecido un nexo entre el plan de exterminio comenzado con la conquista y el modelo de represión llevado a cabo por los gobiernos militares en las décadas posteriores a 1932, intenta, al mismo tiempo, proveerle una identidad particular al campesino, la cual se basa en la herencia ancestral indígena. Por tanto, se hace necesario remontar los comienzos de esta raza al momento mismo de su creación, pues así lo manifiesta el narrador al exponer que:

A Ticha nadie se lo había dicho, pero lo adivinaba, que en un principio todo estaba en calma, en silencio, en suspenso, inmóvil, callado; y vacía la extensión del cielo. Cuando no había ni Adán, ni Eva, ni pájaros ni peces ... Sólo el cielo y el corazón del cielo. Inmovilidad y noche. Y Gucumatz, el creador. (84)

Son evidentes las referencias que aquí se hacen a la cosmología mitológica precolombina, tomando como fuente el libro sagrado de los mayas, el *Popol Vuh*. Así se tiene que en ese texto sagrado la creación del mundo se describe de la siguiente manera:

Entonces vinieron juntos Tepeu y Gucumatz; entonces conferenciaron sobre la vida y la claridad, cómo se hará para que aclare y amanezca, quién será el que produzca el alimento y el sustento ... Luego la tierra fue creada por ellos. Así fue en verdad

como se hizo la creación de la tierra: – ¡Tierra!, dijeron, y al instante fue hecha ... Así fue la creación de la tierra, cuando fue formada por el Corazón del Cielo, el Corazón de la Tierra. (*Popol Vuh* 11-12)

Se podrá observar que Argueta retoma el concepto de la creación del hombre maya para incorporarlo dentro del texto con el propósito de poner de manifiesto el linaje ancestral del hombre del campo y establecer un vínculo entre el pasado y el presente. A lo anterior cabe añadir lo que Jennifer Farrar afirma sobre lo sostenido por el crítico Carlos Amaya acerca de la utilización de estas referencias al mito maya, pues indica que Argueta no sólo establece el pasado ancestral del campesino, sino que también articula el referente de esa condición de continuidad que expresa la lucha que el poblador del área rural ha venido sosteniendo desde el momento de la conquista (38). El siguiente parlamento pronunciado por la protagonista ilustra esa conexión del pasado con el presente al incorporar un discurso castrense donde resaltan el tipo de armamento utilizado por los españoles durante la conquista y el armamento utilizado por el gobierno durante los ochenta: “Teníamos alma. Los dioses, entonces, nos dejaron vivir ... Pero nuestros enemigos no supieron estas cosas y nos hicieron mierda por siglos y siglos ... Nos acribillaron con arcabuces y mosquetes, con helicópteros y aviones” (Argueta, *Cuzcatlán* 276-77). Como se podrá observar, la protagonista articula un discurso histórico que refleja la asimilación de un pasado que le sirve para conectarlo con su presente, lo que le permite adquirir una conciencia política de sujeto histórico, por lo que sostiene que: “Si no me hubiera organizado ya estuviera muerta entre miles de gente. De los cuarenta mil muertos que llevamos en estos tres últimos años, una gran mayoría es inocente. Es parte del plan de exterminio. Yo no me incluyo entre los inocentes. Trato de resistir y por eso uso seudónimo” (276-77). En ese respecto, Lucía deja ya de verse simplemente como víctima, pues ahora tiene la capacidad de insertarse dentro de un escenario en pugna. Es decir, se vuelve protagonista del acontecer histórico nacional, lo que le valdrá, hasta cierto punto, para determinar el curso de un futuro distinto para ella, su comunidad y su país.

A lo anteriormente expuesto debe agregarse que Argueta altera el mito del *Popol Vuh* con el propósito de reforzar esa cualidad imperecedera que Lucía le atribuye a la cultura de sus antepasados debido a que, según lo observado por Sarfati-Arnaud, revalorizan las tradiciones que conforman la herencia cultural indígena (124).

Un día Gucumatz descubrió una semilla blanca, olorosa cuando cocinaba con ceniza y a fuego lento. Se trituraba hasta hacer una masa blanca. Con piedras de moler se

trituraba el grano cocido. La semilla era el maíz. De esa manera se hizo el hombre ... Se multiplicaron y tuvieron hijos y sobrevivieron guerras e incendios, terremotos y diluvios, lluvias de meteoros y masacres. Sobre todo masacres. Anduvieron desnudos y descalzos. Como ángeles feroces. Soportaron hambres y sed. Sobrevivieron miles de años porque tenían corazón y entendimiento. No podían desaparecer de la tierra. Aquí estamos. Somos de maíz y agua. La especie no perece. (Argueta, *Cuzcatlán* 85-86)

Al discurso de creación del libro sagrado se le imprime, por lo tanto, un lenguaje contemporáneo que refleja esa condición de lucha de sobrevivencia del poblador rural. Por esa razón, según Sarfati-Arnaud, la continua referencia en el texto del término “masacres” y la inclusión del verbo “estar” en el presente de indicativo, dentro de una narrativa en pretéritos, se utilizan para conectar diferentes etapas históricas: la época precolombina, el tiempo de la conquista y el momento actual (Argueta, *Cuzcatlán* 125).

Las observaciones anteriores refuerzan el argumento de que esa identidad milenaria, que trasciende tiempo y espacio, juega un papel muy importante en la vida cotidiana del poblador rural y se refleja además en la relación casi espiritual que existe entre el campesino y la tierra y su fruto sagrado: el maíz. El diálogo que entablan Emiliano y Ticha ilustra la suma importancia que dicho grano tiene, porque de él proviene la masa con la cual fue creado el hombre, según el *Popol Vuh*, y por ser la base de la sobrevivencia de la familia campesina. Dichos personajes se expresan de la siguiente manera: “¿Qué haríamos nosotros sin la sal? – filosofa el abuelo. Sin la tortilla, decís vos – corrige la madre” (Argueta, *Cuzcatlán* 119). Posteriormente, el narrador proporciona otros detalles sobre lo dicho por los personajes y agrega, “La tortilla es la comida eterna, hasta los últimos minutos en que llega la muerte” (119). Y continúa también diciendo que, “[t]odas la madres de Cuzcatlán hacen personalmente las tortillas. No siempre. A veces hay una tortillera en el pueblo; pero por lo general, cada familia hace sus propias tortillas. Así ha ocurrido generación tras generaciones” (120).

Como se estableció anteriormente, Argueta inserta a sus personajes dentro de un contexto histórico para que ellos se apropien de la historia de su país y así puedan cuestionarla, logrando con ello socavar el discurso oficial, el cual se ha caracterizado por culpar al propio campesino de su miseria por considerarlo perezoso, conformista y reticente al cambio. El acto de cuestionar la historia de la nación que lo ha excluido le confiere un grado de concientización que le permite entender su condición de marginado, lo cual es necesario para que este busque las soluciones

requeridas para terminar con ese estado de marginación. Además, Argueta, al incorporar en el texto los mitos precolombinos, le permite al poblador retomar esa herencia cultural para incorporarla a un nuevo ideario nacional. Es decir, la gente del campo sí tiene algo importante que aportar a la nación pues sus tradiciones son tan válidas e importantes como las tradiciones europeas.

Para Lucía el viaje significa la oportunidad que el oprimido tendrá de confrontar al victimario, al agresor, al enemigo, al otro. Desde el principio del periplo, la joven guerrillera establece esa dualidad entre “ellos” y “nosotros” al informarnos del concepto que las autoridades tienen del campesino a través del siguiente parlamento:

Somos perseguidos desde 1932. Las autoridades no pueden vernos a los campesinos sin llenarse de odio. Más de medio siglo después las cosas han empeorado ... Dicen que nuestro país es demasiado pequeño para que viva tanta gente ... La superpoblación es una enfermedad de los pobres. Eso dicen los asesores extranjeros y los militares. También es lo que dicen los políticos que nos han gobernado hasta ahora ... Nos persiguen. Nos asesinan. Lo más corriente para darnos muerte es el descuartizamiento. Lo mismo que hacían los conquistadores hace quinientos años. (Argueta, *Cuzcatlán* 11-12)

Nótese la conexión que se hace del pasado de la conquista con el momento actual de la guerra civil.⁵ Para ilustrar mejor ese aspecto del proceso de exterminio que se inició con la conquista, vale la pena resaltar algunos aspectos que hacen de la rebelión de 1932 un momento histórico traumático para la población campesina. Dicha rebelión tiene como trasfondo la recesión mundial de 1929, ya que vino a aumentar la carga de los sectores populares. La inhabilidad por parte de la administración del Presidente Pío Romero de encontrar soluciones a la crisis económica exasperó en gran medida los ánimos de una clase obrera que se volvía cada vez más politizada, mientras que la clase dominante respondía con violencia a las demandas de los trabajadores y se negaba a realizar cualquier cambio que alterara el *status quo*. Dadas estas circunstancias, Farabundo Martí, Secretario General del Partido Comunista, comprendió que las reformas sociales solamente podían darse a través de la lucha popular.⁶ La necesidad de organizar una insurrección general se hizo inminente al producirse el golpe militar que derrocó al Presidente Arturo Araujo en diciembre de 1931. Sin embargo, la decisión de llevarla a cabo fue a causa del fraude electoral en los comicios municipales sucedidos en enero de 1932, por considerarse que ninguna reforma podría lograrse a través de medios democráticos (Anderson T. 84).

Muchos estudios han señalado ya las causas por las cuales el levantamiento popular del 22 de enero de 1932 fracasó.⁷ Lo que se desea recalcar aquí es la forma violenta en que este fue sofocado y la manera arbitraria en que los involucrados fueron detenidos, juzgados y condenados. No existen cifras concretas que determinen el número exacto de víctimas, pero, de acuerdo a Thomas Anderson, la cantidad de personas, civiles y militares, que murieron a manos de los sublevados llegaría a cien; mientras que la cifra de civiles que sucumbieron ante las fuerzas militares podría llegar a ocho o diez mil (131).

Vale la pena también hacer resaltar que aunque esa condición de violencia, a la cual ha sido sometido el poblador rural, es entendida como una constante histórica que no cambia, la actitud de Lucía, en cuanto al conflicto armado, sí observará ciertos cambios, a pesar de haberse visto obligada a optar por una solución armada. Al mismo tiempo, se nota en la protagonista una preocupación por mantener, dentro de esa situación de guerra, su propia humanidad al manifestar que: “Ellos nos muestran nada más el lado de la crueldad para retar nuestros sentimientos. Creen que si se ensañan con nosotros nuestro desprecio se convertirá en odio y tendrán así pretexto para eliminarnos ... Ellos la cagan porque nuestro corazón le ha cerrado las puertas al odio” (Argueta, *Cuzcatlán* 15-16).

Este texto de Argueta se caracteriza no sólo por presentar la visión que el marginado tiene del victimario, sino también por conceder al opresor un discurso para que este exprese su visión del “otro”. El propósito de ello es poner de manifiesto el aspecto excluyente de la ideología oligarca y exponer la manera en que el ejército salvadoreño reprime a la población rural. En una escena donde el cabo Pedro Martínez y su capitán encuentran un grupo de campesinos después de que los militares les quemaran sus ranchos y cultivos, se produce un diálogo entre el capitán y el cabo. Dicho intercambio verbal ilustra ciertos cambios en la política estadounidense que se dieron durante la guerra y por la manera en que los militares trataban a los campesinos.⁸ El cabo se queja con el capitán porque estos ya no se quedan callados, pues uno de ellos les reclama a los soldados por haberle quemado sus sembrados y su rancho, a lo que su superior le responde:

Dejalo, cabo Martínez, estos cabrones malcriados hay que aguantarles sus abusos porque si no se quejan ante la mierda esa de los derechos humanos, y entonces ya no quieren darnos plata los gringos para comprar más armas ... Lo que debés hacer, en lugar de estar de metiche, es apuntar todo lo que dice el viejo, son las nuevas medidas que nos han recomendado los asesores yanquis, tenemos que hacer un informe, esas son las nuevas estrategias. (Argueta, *Cuzcatlán* 236)

Los militares se ven como víctimas porque tienen que aguantarles sus abusos a los campesinos, a pesar de que es el capitán quien los insulta.

El viejo que menciona el capitán es el abuelo del cabo Martínez, aunque este no lo sabe en ese momento. A la orden del capitán le sigue el discurso del narrador en tercera persona que va encaminado a enmarcar el discurso militar dentro de un contexto político e histórico más amplio al sacar a luz la voz interna del cabo Martínez. La voz narrativa exteriorizada y la voz interiorizada del cabo se funden para crear un discurso que denota el pensamiento ideológico elitista de los fundadores de la nación, el cual ha sido asimilado por Pedro Martínez. Obsérvese a continuación cómo se integran ambos discursos:

El hecho de estar escribiendo le hace retornar de nuevo la sangre a sus venas, pues sentía que unos minutos antes se le había subido a la cabeza. Le picaban las manos por disparar, por golpear. Eso le habían enseñado en sus instrucciones cotidianas; y ahora, ya en la práctica, el capitán estaba queriendo aplicar esa puta sicología que era una salida de maricones. Todo porque los yanquis no nos entienden; creen que las cosas se van a solucionar por las buenas; y esta gente está acostumbrada por las malas; yo mismo soy así, porque mi sangre viene de esta misma raza ... Por desgracia soy de la raza maldita. (Argueta, *Cuzcatlán* 237-38)

Se observa que el cabo Martínez sabe que forma parte de una comunidad con raíces indígenas, pero en lugar de aceptar esa herencia, la rechaza. El joven soldado ha establecido una separación de identidad entre él y el sector social del que proviene, porque ha hecho suya la ideología oligarca cafetalera al aceptar que la pobreza que experimenta el hombre del campo se debe a su pasado indígena y no a los desajustes sociales y económicos impuestos por la clase dominante. El capitán expresa tal pensamiento en su discurso cuando dice:

Estos seres inservibles que nada más habían traído desgracias, los pobres de mierda que nada más se preocupaban por tener hijos y dar problemas, aumentando la población y con ello mayores pobreza, mayores males ... Los pobres eran sus enemigos. Desde 1932 era así, cuando se habían levantado en armas. Pobreza era desde entonces comunismo. En Cuzcatlán, uno de los más comunistas de América, como lo demostraba la historia que le enseñaron en las academias militares ... Si no fuera por los pobres, este país sería un paraíso. (Argueta, *Cuzcatlán* 245)

El cabo Martínez ha interiorizado esta ideología elitista y se adhiere al proyecto de exterminio, sin saber que, al renegar de su comunidad y su pasado, también está rechazando su propia humanidad.

Asimismo, al analizar el discurso del cabo, es posible notar una similitud con el discurso de Lucía, pues ambos resaltan un antagonismo con el “otro”, una pugna entre “ellos” y “nosotros”. El cabo Martínez, por un lado, establece que los campesinos son culpables de su propia miseria y trata de verse así mismo como víctima: “siempre nos han odiado, piensa el cabo. Ellos producen el caos. Entre más pobre es la gente más nos odia, como si nosotros tuviéramos culpa de tanta pobreza” (Argueta, *Cuzcatlán* 238). Mientras que, por otro lado, Lucía manifiesta: “Ellos son felices ... Nos persiguen. Nos asesinan” (12). Sin embargo, lo que no se debe pasar por alto es que Lucía sabe que los miembros que forman los cuerpos de seguridad provienen principalmente del área rural, que son de extracción campesina, como ella. Por tanto, el reto de Lucía estribará en reconocer la humanidad del “otro” por medio de la asimilación de la historia del cabo Martínez, quien ahora la protagonista sabe que es su propio tío. Eso es lo que podría entenderse cuando Lucía expresa que, al dejar de ser enemigos, “Quizás entonces podamos compartir el mundo con la misma sensibilidad” (277).

En el momento culminante y final de la novela, Lucía interroga a Pedro Martínez. Esto establecerá lo que Francisco Theodosiadis denomina una relación intersubjetiva, ejemplarizada por un ‘yo’ y un ‘tú’ (9). El estudioso agrega que esa relación no se reserva exclusivamente para experiencias inusuales o privilegiadas, sino que también las encontramos en situaciones cotidianas a partir del instante en que “hablamos a alguien, evidenciándose una dirección intencional, una dirección de la conciencia hacia el otro” (9). En ese sentido, el “yo” con el que se identifica la protagonista tiene a otro “yo” representado en el cabo Martínez, pues según Theodosiadis “yo soy frente a *otro* que dice yo, y que me es necesario por consecuencia tener en cuenta como un *tú*, un *yo* en relación al cual yo mismo soy un *tú*” (9). El “otro” es, como lo afirma el estudioso, “en un comienzo un *tú* que se presenta como un *yo*: individuo adverso que se pronuncia en calidad de conciencia – de sujeto” (9). El interpelar al enemigo le permite a la joven campesina reconocerse en la otredad del soldado capturado pues ambos provienen de la misma estirpe campesina y se encuentran en el mismo escenario de guerra, independientemente de las razones por las que cada uno lucha, en el sentido de que ambos articulan un discurso que refleja la verdad que cada quien esgrime para justificar su participación en el conflicto. Por ello, como lo reitera Theodosiadis:

El discurso del *otro* anuncia a la vez la alteridad parlante de mi propio discurso y la experiencia que yo hago de una palabra adversa. Así mi discurso es provocado, puesto en acción por este discurso de la alteridad. El *otro* es, a su manera, como yo soy; él ejerce, de acuerdo a su condición, ese acto que yo ejerzo de acuerdo a la mía y que se interioriza en mí como conciencia, afirmación y deseo de mí mismo. (9)

La protagonista sabe que su enemigo no aceptará ninguna responsabilidad por sus crímenes, pero también ha llegado a comprender que negarle la humanidad al cabo equivaldría para ella negar su propia humanidad. Esto es lo que representa el hecho de perdonar a Pedro Martínez, según se expresa en el diálogo entre la comandante guerrillera Lucía Martínez y otro comandante guerrillero:

al absolverlo lo hemos condenado. El combatiente preguntará por qué. Porque queremos que siga vivo, le voy a contestar ... Esa no es ninguna condena, me responderá. Porque usted compañero comandante, sólo sabe que el cabo Martínez es el hermano de mi papá, pero no sabe toda la historia de la familia. Me preguntará: ¿cuál historia? Le contestaré: es demasiado larga, pero algún día tendremos tiempo para que yo pueda contársela. (Argueta, *Cuzcatlán* 284)

La historia de la familia Martínez representa la historia de la masa campesina salvadoreña y Lucía ya nos ha informado acerca de ello, pero será necesario seguir contándola porque en ella se encuentran las tradiciones, vivencias y recuerdos de aquellos campesinos y campesinas sin nombre, que han quedado fuera de los anales de la historia, pero que también han sido artífices de la nación salvadoreña.

Para concluir, Manlio Argueta ha logrado recrear en *Cuzcatlán donde bate la mar del sur*, un mundo rural acosado por una guerra civil, donde sus personajes son insertados dentro de un contexto histórico para que puedan asimilar la historia de su nación y así tener la capacidad de cuestionarla, ya que solamente por medio de ese cuestionamiento se podría comprender las causas que dieron origen a esa guerra. La novela también busca proponer un intento por tratar de reconocer la humanidad dentro del 'otro' y dentro de uno mismo, ya que solamente así podrá llegarse a un entendimiento necesario para terminar con ese proceso de despojo, explotación y exterminio que comenzó con la conquista española, que se fue reproduciendo a través de la creación de un Estado oligarca en siglo XIX y que continuó con los gobiernos militares que surgieron después de la rebelión de 1932, hasta consolidarse durante el conflicto armado salvadoreño de los años ochenta.

University of Toronto

NOTAS

- 1 El Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional representa la unión de cinco grupos Guerrilleros que tuvo lugar en 1980. Esos grupos armados fueron:

- Fuerzas Populares de Liberación (FPL), Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN), Partido Revolucionario de los Trabajadores del Campo (PRTC) y Fuerzas Armadas de Liberación (FAL).
- 2 Compartimos lo expresado por Astvaldsson en su artículo “Toward a New Humanism: Narrative Voice, Narrative Structure and Narrative Strategy in Manlio Argeta’s *Cuzcatlán, donde bate la mar del sur*”, al sugerir que, aunque el autor se ve influenciado por el género testimonial y hace uso de sus técnicas narrativas, lo que Argueta escribe es primordialmente ficción (603).
 - 3 Además, John Beverley y Marc Zimmerman aclaran que: “la unidad narrativa suele ser una vida o una vivencia particularmente significativa (situación laboral, militancia política, encarcelamiento, etc.). La situación del narrador del testimonio siempre involucra cierta urgencia o necesidad de comunicación que surge de una experiencia vivida de represión, pobreza, marginalización, crimen, lucha ... A veces su producción obedece a fines políticos muy precisos. Pero aun cuando no tiene una intención política explícita, siempre implica un reto al *status quo*” (157).
 - 4 Para un análisis comparativo más detallado de ambas novelas, se recomienda el libro de Padilla, *Changing Women, Changing Nation. Female Agency, Nationhood, & Identity in Trans-Salvadoran Narratives*.
 - 5 Para un estudio más exhaustivo sobre la guerra civil salvadoreña, se recomienda el libro de Ignacio Ellacuría, *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989)*.
 - 6 Para ahondar en el proceso de organización sindical en El Salvador, se recomienda el libro de Jorge Arias Gómez, *Farabundo Martí*.
 - 7 El libro de Thomas P. Anderson, *Matanza: El Salvador’s Communist Revolt of 1932*, ofrece un relato muy detallado sobre las causas del fracaso de la insurrección campesina de 1932.
 - 8 Según lo afirma Tommie Sue Montgomery, en *Revolution in El Salvador: from Civil Strife to Civil Peace*, el gobierno estadounidense de Ronald Reagan, obligado por el Congreso norteamericano, debía certificar cada seis meses que el gobierno salvadoreño no estaba cometiendo abusos ni violaciones a los derechos humanos. Sin embargo, como sostiene Montgomery, “certification became little more than a game in both Washington and El Salvador” (150).

OBRAS CITADAS

- ACHUGAR, HUGO, ED. *La fundación por la palabra: letra y nación en América Latina en el siglo XIX*. Montevideo: U de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Publicaciones, 1998.

- ANDERSON, BENEDICT. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. 2ª ed. London: Verso, 1991.
- ANDERSON, THOMAS P. *Matanza: El Salvador's Communist Revolt of 1932*. Lincoln: U of Nebraska P, 1971.
- ARGUETA, MANLIO. *Cuzcatlán, donde bate la mar del sur*. San Salvador: Adelina Editores, 2003.
- . *Un día en la vida*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, 1998.
- ARIAS GÓMEZ, JORGE. *Farabundo Martí*. San José: EDUCA, 1996.
- ASTVALDSSON, ASTVALDUR. "Toward a New Humanism: Narrative Voice, Narrative Structure and Narrative Strategy in Manlio Argueta's *Cuzcatlán, donde bate la mar del sur*." *Bulletin of Hispanic Studies* 4 (2000): 603-11.
- BALOYRA, ENRIQUE A. *El Salvador in Transition*. Chapel Hill: U of North Carolina P, 1982.
- BEVERLEY, JOHN, Y MARC ZIMMERMAN. *Del Lazarillo al sandinismo: Estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*. Minneapolis: The Prisma Institute, 1987.
- BRANDIST, CRAIG. *The Bakhtin Circle: Philosophy, Culture and Politics*. London: Pluto Press, 2002.
- CRAFT, LINDA. *Novels of Testimony and Resistance from Central America*. Florida: U of Florida P, 1997.
- ELLACURÍA, IGNACIO. *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989)*. 3 vols. 2ª ed. San Salvador: UCA Editores, 1993.
- FARRAR, JENNIFER. "Una contextualización del discurso humanístico en *Cuzcatlán, donde bate la mar del sur* de Manlio Argueta." *Cuadernos Americanos* 75 (1999): 189-200.
- GARCÍA GIRALDES, TERESA. "El proyecto de nación y la visión del indio en José Cecilio del Valle." *Literatura y pensamiento en América Latina*. Ed. José Raúl Navarro García. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1999. 19-41.
- GONZÁLEZ STEPHAN, BEATRIZ. "Sujeto criollo / conciencia histórica: La historiografía literaria en el período colonial." *Ruptura de la conciencia hispanoamericana*. Ed. José Anadón. México: U of Notre Dame y Fondo de Cultura Económica, 1993. 15-27.
- GORDON, SARA. *Crisis política y guerra en El Salvador*. México: Siglo XXI, 1989.
- HERENCIA, CRISTINA. "Políticas históricas expresas de fabricación de identidad social en América Latina." *Identidades nacionales en América Latina*. Ed. José Miguel Salazar. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación, 2001. 169-82.
- MONTGOMERY, TOMMIE SUE. *Revolution in El Salvador: from Civil Strife to Civil Peace*. 2ª ed. Boulder: Westview Press, 1995.

- NORTH, LIISA. *Bitter Grounds: Roots of Revolt in El Salvador*. Toronto: Between the Lines, 1981.
- PADILLA, YAJAIRA M. *Changing Women, Changing Nation. Female Agency, Nationhood, & Identity in Trans-Salvadoran Narrative*. Albany: State UP of New York, 2012.
- PASTOR, BEATRIZ. *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*. 2ª ed. Hanover: Ediciones del Norte, 1988.
- Popul Vuh*. San Salvador: Editorial Cuscatlán, 1996.
- RINGS, GUIDO. *La Conquista desbaratada. Identidad y alteridad en la novela, el cine y el teatro hispánicos contemporáneos*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2010.
- SARFATI-ARNAUD, MONIQUE. "Cuzcatlán, donde bate la mar del sur: entre la crónica y el mito." *Sociocriticism II* (1990): 123-32.
- TEGLIA, VANINA M. "Cautiverio y simbolización literaria del contacto en *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca." *Viajes, desplazamientos e interacciones culturales en la literatura latinoamericana. De la conquista a la modernidad*. Ed. Beatriz Colombi. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2016. 37-49.
- THEODOSIADIS, FRANCISCO. *Alteridad: ¿La (des)construcción del otro?: yo como objeto del sujeto que veo como objeto*. Bogotá: Magisterio, 1996.
- VARELA, RAFAEL. "Entrevista Argueta." *2culturas*. S. f. Web.
- ZAMORA, LOIS. *The Usable Past. Imagination of History in Recent Fiction of the Americas*. New York: Cambridge UP, 1997.